



Puertollano, la ciudad abierta

Eduardo Egido

La mayor reclamación de nombradía para cualquier residente de Puertollano se resume en afirmar que su línea genealógica procede de los trece vecinos del Voto. Por mi parte, confesaré que mis ancestros no se remontan a la mítica fecha de 1348, y que bien avanzada estaba la década de los cincuenta —inútil es decir que del siglo veinte— cuando yo mismo hice la entrada por el antiguo puente de Cuatro Caminos en esta ciudad. (Dos misterios guardan la memoria del niño de entonces: cómo se habría conseguido perfilar la lisura de las piedras de ese puente y cuál era la grafía correcta del nombre Charo, la incógnita gráfica del sonido Che).

Resulta ocioso preguntar a un niño de seis o siete años cómo encuentra la ciudad a la que acaba de llegar. Hoy, aquilatando la vivencia de casi ocho lustros, diremos que Puertollano era (y es) una ciudad abierta, como la Roma de Rossellini. Tan abierta que aquel antiguo puente polifémico, que apenas daba de sí para permitir el cruce holgado de dos carruajes, tuvo que ser demolido y en su lugar se construyó otro con más ojos que el acueducto de Segovia, en el decir exagerado de las murgas de Carnaval.

Al margen de apreciaciones hiperbólicas sobre la dimensión del puente de tantas mentas, lo cierto es que por él hemos entrado y salido mucho personal. Al que habría que sumar el que lo hizo a través de la estación MZA (a saber, ferrocarril Madrid-Zaragoza-Alicante, que también tenía su misterio averiguar por qué se denominaba así la estación de Puertollano con lo lejos que estaba de la línea de unión de esas tres ciudades), e incluso por la estación de la Estrecha y, a mayor abundamiento, por medio del trenillo de la Calzada. Porque no hay mal camino para llegar a la tierra de promisión.

Esta ciudad ofrecía a las riadas de inmigrantes la hospitalidad de su entraña: no hay mejor hospitalidad que un pedazo de pan para cada boca, aunque el sustento tan ansiado aguarde oculto bajo la tierra carbonífera. Más inhóspito era el asentamiento de esta gente de aluvión en las laderas de los cerros de Santa Ana y San Sebastián, en viviendas que desafiaban la ley de Newton, pero tampoco era cuestión de hacerle ascos a los detalles.

El caso es que así se llegó a las cincuenta y tantas mil almas que moran actualmente en el mal llamado pueblo de las dos mentiras. Sí es mentira, en cambio, lo que Alfonso XII puso en su justa medida e 1925: ciudad, no pueblo. Una ciudad cosmopolita aunque proletaria en la que no

existía la hora del café con leche sino la eternidad del vino de las tabernas con el fondo del cante desgarrado de la taranta.

Claro está que aquella imagen minera ya queda anacrónica por la producción de otra energía de menor morbilidad, de la que Puertollano presume en Europa y que la Unión Europea presenta como el no va más en la República China y otras potencias en ciernes, con claro afán mercantil. Y aún, entre la época de la silicosis y de la energía eléctrica de Elcogas, cabe la benefactora producción petroquímica de los Calvosotelos, Empetroles y Repsoles.

Como puede comprobarse, si la gente de Puertollano no se ha estado quieta, siempre entrando y saliendo, sobre todo entrando, tampoco las fuentes de subsistencias han imitado a los movimientos orogénicos, tan lentos ellos. Desde el último tercio del siglo diecinueve la ciudad ha evolucionado rápidamente, en un continuo proceso de adaptación a las nuevas circunstancias.

De esta celeridad me hago eco cuando hoy veo a los afortunados escolares practicando deporte en los pabellones cubiertos y recuerdo la imagen de aquellos hombres prematuros de no más de 12 años, montados a horcajadas en borricos lastrados con serones cargados de carbón, en madrugadas oscuras de chupones de hielo colgando de las tejas, borradas las caras impúberes por negros pasamontañas de lana. De aquellos y estos niños está forjado Puertollano. Todos, como quien no quiere la cosa, han ido escribiendo la historia de la ciudad, una historia anónima y auténtica en la que brillan a la par los descendientes de los trece vecinos del Voto y los que se fueron sumando con posterioridad a tan distinguida raigambre y que ya forman parte indisoluble de la identidad de esta ciudad abierta. □